

## **El 10 de octubre en la pupila de José Martí. Marlene Vázquez Pérez.**

Cuando el abogado y hacendado cubano Carlos Manuel de Céspedes dio la libertad a sus esclavos en su ingenio La Demajagua, dando inicio con ello a la Guerra de los Diez Años, José Martí era sólo un adolescente de poco más de 15 años. Sin embargo, desde esos momentos aurorales de su primera juventud, profesó una honda devoción hacia el Padre de la Patria y sus seguidores, y más de una vez se sintió avergonzado por no estar peleando en la manigua.

A lo largo de su extensa obra escrita, hay frecuentes referencias a esa efeméride trascendental para la historia de Cuba. La más temprana de ellas es su soneto "10 de octubre", escrito a los 16 años, en cuyos versos desborda de entusiasmo patriótico, pero también da muestras de un precoz talento poético. Ya en la madurez, cuando han pasado varios años desde el fin de la contienda, y ya se ha consagrado a la preparación de la Guerra del 95, retoma el asunto en sus *Versos sencillos*, esta vez para rendir homenaje a los héroes caídos, de los que se considera heredero.

En su prosa vuelve reiteradamente al asunto que nos ocupa. Ya radicado en Nueva York, aflora en su *Lectura en la reunión de emigrados cubanos en Steck Hall*, el 24 de enero de 1880. Sólo habían transcurrido dos años desde el fin de la guerra, y los niños y jóvenes a inicios de la contienda ya se habían hecho hombres; en las palabras de Martí está la decisión de continuar la labor emancipadora iniciada por los padres. Apela al dolor del pueblo lacerado por diez años de conflicto, frustrado el anhelo de libertad por la opresión cada vez mayor, como vía para acrecentar el espíritu de rebeldía: "Allá, en aquellos campos, ¿qué árbol no ha sido una horca? ¿Qué casa no llora un muerto? ¿Qué caballo no ha perdido su jinete? ¡Y pacen ahora, en busca de jinetes nuevos!" Luego, entre 1887 y 1891, pronunciaría cada año un discurso conmemorativo de la fecha patria. Todos ellos sobresalen por la depurada factura de la prosa, el dominio del arte de la oratoria, el sentido tributo a los fundadores de nuestro independentismo y el análisis de las causas del fracaso de la contienda. No sólo reconoce el mérito de las generaciones precedentes, sino que esboza el camino a seguir en el futuro cercano, pues ya en estos años ha decidido su destino: consagrarse a la preparación de la guerra de independencia de su Patria, y trabajar por el mejoramiento de ella. En el primero de estos textos, dirá: "Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de la Demajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna, salieron a pelear, sin odio a nadie, por el decoro, que vale más que ella: cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron a sus esclavos: "¡Ya sois libres!" ¿no sentís, como estoy yo sintiendo, el frío sublime de aquella madrugada?..."

Unas líneas más adelante, insiste en la crudeza del exilio, preferible a la ignominia de vivir en la propia tierra bajo el despotismo extranjero; pero las alegrías de la vida cotidiana, el disfrute de los afectos de familia, las pequeñas cosas que llenan la vida de hombres y mujeres, les están negadas al emigrado cubano, porque la patria le pesa en el corazón cada minuto: "la patria nos persigue, con las manos suplicantes: su dolor interrumpe el trabajo, enfría la sonrisa, prohíbe el beso de amor, como si no se tuviese derecho a él lejos de la

patria: una mortal tristeza y un estado de cólera constante turban las mismas sagradas relaciones de familia: ¡ni los hijos dan todo su aroma! Aturdidos, confusos, impotentes, los que viven lejos de la patria sólo tienen las fuerzas necesarias para servirla.”

Cuando se conmemora el vigésimo aniversario del inicio de la contienda, pronuncia un discurso más breve, pero cargado de anécdotas heroicas, alentadas por “el recuerdo santo de la guerra.” En sus palabras hay una visión a la vez objetiva y legendaria de aquellos hechos, que contempla con admiración y gratitud, con cariño de hijo y responsabilidad de ciudadano comprometido a continuar la obra de sus mayores, evitando sus errores e igualando sus aciertos. Concluye estas páginas con un paralelo entre los emigrados con los heridos en campaña, que soportaron el dolor sin una queja, y de ese sufrimiento extrajeron las fuerzas necesarias para sobreponerse y continuar en pie defendiendo la independencia. El cierre es un llamado a la preparación para el enfrentamiento, más cercano cada vez, que se basa en una visión optimista del exilio: “Nosotros somos el freno del despotismo futuro, y el único adversario eficaz y verdadero del despotismo presente [...] Nosotros somos espuela, látigo, realidad, vigía, consuelo. Nosotros unimos lo que otros dividen. Nosotros no morimos. ¡Nosotros somos las reservas de la patria!”

También ese 10 de octubre de 1888 aparecería en *El Avisador Hispanoamericano*, de Nueva York, otro texto significativo dedicado a ese tema. Se trata de su artículo “Céspedes y Agramonte”, integrado por dos retratos biográficos unidos por el hilo conductor de la guerra. Estos dos hombres extraordinarios, el primero considerado como el Padre de la Patria por haber iniciado el estallido independentista, el segundo iniciador del movimiento revolucionario en la región del Camagüey, distinguido por su inteligencia, honradez y sensibilidad, fueron siempre para Martí, como lo muestra en estas páginas, motivos de veneración y respeto.

Junto a la penetración psicológica de que hace gala para delinear el perfil de ambos, muestra un profundo conocimiento de las circunstancias vitales de los dos grandes jefes mambises, enriquecido por la prosa exquisita del poeta:

“De Céspedes el ímpetu, y de Agramonte la virtud. El uno es como el volcán, que viene, tremendo e imperfecto, de las entrañas de la tierra, y el otro es como el espacio azul que lo corona. De Céspedes el arrebato, y de Agramonte la purificación. El uno desafía con autoridad como de rey; y con fuerza como de la luz, el otro vence. Vendrá la historia, con sus pasiones y justicias; y cuando los haya mordido y recortado a su sabor, aún quedará en el arranque del uno y en la dignidad del otro, asunto para la epopeya.”

Es notable en este texto la capacidad sintética de Martí, que logra apresar en breves frases lo más significativo del legado de ambos próceres, como inolvidables joyas expresivas capaces de tocar hondo en la sensibilidad de sus lectores, en su mayoría emigrados cubanos que marcharían en 1895 a la próxima guerra, entonces en preparación. Dice de Céspedes, como testimonio mejor de su estatura: “Y no fue más grande cuando proclamó a su patria libre, sino cuando reunió a sus siervos, y los llamó a sus brazos como hermanos.” Agramonte le merece estas líneas: “¿Y aquel del Camagüey, aquel diamante con alma de beso?”

Muchas páginas dedicaría Martí a este asunto, ciertamente, entre las más conmovedoras, sin duda, se encuentra su carta al Director de *The Evening Post*, conocida como "Vindicación de Cuba," publicada en el rotativo norteamericano el 25 de marzo de 1889. En ella responde a las ofensas hechas a Cuba y a los cubanos en *The Manufacturer*, de Filadelfia pocos días antes, en las que se nos tilda de "pueblo inferior", "perezoso", "afeminado", "incapaz de gobernarse por sí mismo". Con ello se emprendía una campaña de descrédito destinada a preparar a la opinión pública norteamericana para futuras intromisiones en el destino de la Isla.

Martí desmonta una por una cada calumnia, y se vale para ello de la capacidad de trabajo y de resistencia de los cubanos residentes en el extranjero, y sobre todo del heroísmo demostrado durante la guerra:

"Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en un día contra un gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de la guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad. obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir -estos hombres de diez y ocho años, estos herederos de casas poderosas, estos jovencitos de color de aceituna- de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano, arrodillar a un toro. Estos cubanos "afeminados" tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un gobierno despótico, el luto de Lincoln."

Como puede verse, el 10 de octubre y la Guerra de los Diez Años fueron presencias recurrentes en la obra del Apóstol, no sólo como recuerdo, homenaje y acicate en la preparación de la futura contienda. Constituyen también un argumento irrefutable, de naturaleza cultural y política a la vez, frente al naciente imperialismo, presto a lanzarse sobre nuestra Patria.